

gran cohesión a lo largo de sus quince capítulos. En ellos se observa notable uniformidad en lo que se refiere a organización expositiva; se trata, además, de una obra de carácter fundamentalmente descriptivo, al margen de teorías sintácticas específicas. Por otra parte, el *corpus* que aporta los datos para los estudios contenidos en *Sintaxis histórica* incluye una serie de textos básicos que comprende del siglo XII al XIX, utilizados por todos los autores que intervinieron; cada uno empleó, además, textos adicionales de géneros variados y diatópicamente diversos, lo que da a los análisis mayor alcance en cuanto a la representatividad de los datos y las conclusiones extraídas de los mismos.

Sintaxis histórica tiene contempladas otras tres partes. La segunda, ya en preparación, tratará sobre la estructura y los cambios en la frase nominal. La tercera parte comprenderá, según lo planeado, preposiciones, conjunciones, oración simple, coordinación y subordinación. La cuarta y última parte abordará el orden de palabras y los fenómenos asociados a la estructuración del discurso. Esperaremos, pues, la continuación de este proyecto que, con seguridad, se convertirá en una obra de consulta obligada.

Edgar A. Madrid Servín

Universidad Autónoma Metropolitana–Iztapalapa

D. R. © Edgar A. Madrid Servín, México, D. F., julio–diciembre, 2005.

Charaudeau, Patrick. *Le discours politique. Les masques du pouvoir*. Paris, Librairie Vuilbert, 2005.

El ser humano es un animal político por naturaleza, afirmaba Aristóteles. Si esta afirmación es una proposición apodíctica, Charaudeau tiene la capacidad de librarnos de ella mediante su reflexión, al profundizar en la dimensión política del ser humano desde la perspectiva lingüística, investigando lo obvio, y también asuntos más sutiles. Afortunadamente, el autor es uno de los más reconocidos en la actualidad en materia de análisis del discurso político.

La obra *Le discours politique. Les masques du pouvoir* comprende cuatro partes teóricas subdivididas en varios capítulos; contiene, además, un balance que muestra cómo se aplican los conceptos teóricos a casos concretos actuales. El hilo conductor de toda la reflexión gira alrededor de la imagen del político o su *ethos* en los medios de comunicación y en las interacciones de la lucha por el poder, en las que el discurso es una herramienta de gran relevancia.

Para delimitar su análisis, Charaudeau comienza por un esclarecimiento conceptual, definiendo algunos conceptos básicos: la política se entiende como una

guerra simbólica; todo gobierno, en esta lucha, es un gobierno de la palabra y de la imagen. Así, el propósito del discurso político es cuidar la imagen o el *ethos* del político para suscitar la adhesión de la ciudadanía por medio de la seducción o el afecto (*pathos*) o gracias a la persuasión (*logos*). Para el autor, este uso de la palabra es imprescindible puesto que la palabra es la que motiva la acción, la orienta y le da sentido ante la opinión pública en un estado de derecho. En otras palabras, el *logos* es lo que funda cualquier proyecto de sociedad del político, lo justifica y lo legitima ante el pueblo en la lucha por la conquista del poder, por la conservación y el reforzamiento de éste. En relación con la imagen del político, la pregunta que preocupa a Charaudeau, a lo largo de su obra, es: ¿cómo saber que el personaje que aparece públicamente corresponde efectivamente a la persona que hay detrás de las máscaras?

Para contestar esta pregunta, el autor empieza por distinguir tres espacios de manifestación del discurso político: 1. el espacio de discusión, donde se determinan los ideales y los recursos para alcanzar la felicidad de la comunidad, 2. el espacio de persuasión, cuyo propósito es convencer a la gente de la viabilidad de un proyecto, y 3. el espacio de acción, donde se trata de determinar las reglas del juego para cumplir con la tarea política. En ellos sobresale el hecho de que siempre se hace uso de la retórica, y con ésta, histórica y empíricamente, muchos políticos han caído en la mentira y la corrupción. Sin embargo, lejos de negar este hecho, Charaudeau, para no simplificar las cosas, toma la precaución de distinguir la “verdad del decir”, que consiste en persuadir al otro por medio de la razón, y la “verdad del hacer”, que consiste en el uso de la palabra en el que intervienen conjuntamente la persuasión y la seducción para lograr que se acepte una decisión. Así, hay falsedad cuando un político dice lo contrario de lo que sabe, y también existe una falsedad ligada al silencio, a la omisión, a la simulación o la fabulación. A través de todas estas mentiras, el autor ve diferentes máscaras del discurso político.

Para evitar un mal uso del discurso político en el sentido de la mentira, y lejos de tomar una perspectiva idealista y moralista en su análisis, Charaudeau muestra que la acción política se inscribe en el tiempo y en el espacio donde prevalecen, por un lado, los hombres políticos *ex profeso*, y por otro, la ciudadanía en general. Si la ciudadanía se inscribe en la contienda política en términos de *lo deseable*, el político *ex profeso*, por su parte, se inscribe en la misma contienda pero en términos de *lo posible*. En este sentido, obligado a comunicarse, el político utilizará la *regla de las cuatro C*, es decir, será claro, cortés, coherente y creíble, y si es responsable y realista, no podrá dejar de usar, a veces, un lenguaje borroso, sin dejar de parecer creíble. Además, ya que la prudencia es la virtud por excelencia en la

política, el autor sostiene que no es lo mismo ser discreto que ser mentiroso: la política necesita de la discreción, y no de la mentira, y es demagogo aquel que pretende decir siempre la verdad a todo el mundo. Un político responsable es el que sabe qué decir, cuándo y cómo decirlo.

Sobre la base de la distinción entre lo posible y lo deseable, Charaudeau llega, en su análisis, a diferenciar lo que son los *saberes de conocimiento* —obra de la razón científica, que se dedican a establecer la verdad sobre los fenómenos del mundo, sin interferencia de la subjetividad— de los *saberes de creencia* —obra de la razón axiológica, que persiguen hacer un juicio sobre el mundo con base en los valores que se le atribuyen—. Según él, la política es esencialmente un saber de creencia que se apoya, en algunos aspectos, en los saberes de conocimiento, pero que no puede identificarse, y mucho menos, reducirse a éstos. Así, al buscar la verdad en el ámbito político, sería un error pensar en una verdad que no tenga nada que ver con la subjetividad de los políticos.

En el juego entre el *ethos*, el *pathos* y el *logos*, una buena política tiene que saber gobernar el *pathos*, sin caer en el populismo ni en el fascismo, salvaguardando, de manera cierta el liderazgo del *logos*, esto, si no quiere quedarse en el espacio de las buenas intenciones. En este juego, agrega Charaudeau, la instancia política necesita de otras: la oposición, la ciudadanía y el buen desempeño de los medios de comunicación, para no caer en la trampa de las pasiones. Así, las máscaras del poder político tienen que ver con el hecho de que el *ethos* del político es al mismo tiempo una traducción de algo auténtico de la persona y una construcción del actor político y la ciudadanía, que se reconoce en sus acciones o que espera del personaje un tipo de acción específica conforme con sus aspiraciones o sus demandas.

En conclusión, el análisis del discurso político que propone Charaudeau¹ presenta la relación entre los actores políticos y el *logos*, el *pathos* y el *ethos*, con el propósito de ganar para su causa a los ciudadanos y adherirlos a su proyecto de sociedad. Así, la fuerza de los argumentos o el *logos* del discurso político aparece como tributaria de un conjunto de elementos a veces heteróclitos,² donde el *pathos* —como motor de la acción tanto individual como colectiva— no es insignificante. En todo este juego, cada sujeto puede llevar máscaras con las que

¹ He trabajado a partir del original francés.

² La sinergia generada por la fuerza de creencias compartidas, el peso de las circunstancias, la voluntad de actuar, el riesgo al cual se expone la comunidad, la autoridad de que uno dispone, etcétera.

puede ocultar lo que es por medio del discurso, aparentando que sus palabras reflejan su verdadera naturaleza; sin embargo, también puede llevar máscaras en virtud de la naturaleza misma de la responsabilidad en la acción política.

Sin quitar ningún mérito a la reflexión de Charaudeau, hay que mencionar el hecho de que, más allá del análisis teórico, los ejemplos propuestos son casi exclusivamente limitados a la escena política francesa, mientras que sería deseable que se tomaran en cuenta diferentes escenarios políticos para justificar el título de la obra.

Añadiría, para hacer resaltar la importancia del libro, que la distinción que el autor establece entre la ‘sociedad civil’, la ‘sociedad ciudadana’ y los ‘grupos militantes’, lo lleva a tocar la problemática de ‘el bien público’ o el ‘bien vivir’, que no se identifican necesariamente con el ‘bienestar’; dice, por ejemplo, que una organización no gubernamental de defensa de los derechos humanos sería una manifestación de la ‘sociedad civil’, mientras que un comité que denuncia la contaminación debida a la negligencia de los políticos, puede convertirse de una organización de la asociación civil a una asociación ciudadana. En esta segunda categoría, Charaudeau ubica, por ejemplo, la acción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y dedica algunas líneas a la personalidad del subcomandante Marcos

En este sentido, estoy convencido de que una lectura del libro de Charaudeau en el espacio académico y político mexicano puede dar alguna luz en la comprensión de muchas acciones políticas, gracias al alcance y la pertinencia del tema, que es tratado con mucha profundidad, en un lenguaje muy accesible.

Ntumbua Tshibampa

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey
D. R. © Ntumbua Tshibampa, México, D. F., julio–diciembre, 2005.

Vallejo, Fernando. *Logoi, Una gramática del lenguaje literario*. Lengua y Estudios literarios. Fondo de Cultura Económica, México, 1983. Segunda reimpresión, 2005.

Quizá porque el latín es cuna de las lenguas romances en las cuales se han escrito grandes obras literarias de occidente como *El Quijote*, Fernando Vallejo busca desentrañar en *Logoi* aquellas fórmulas literarias que la lengua escrita, en cualquier idioma derivado del latín, ha empleado durante siglos, proponiendo con ello la existencia de un lenguaje literario común que subyace a toda creación literaria.